

Precio 15 céntimos



ARTISTA DE ZARZUELA



Fotografía de Esplugas.

Sofía Romero

LA SAETA

DIRECTOR LITERARIO
DANIEL ORTIZ

Toda la correspondencia á D. PEDRO MOTILBA,
Rambla del Centro, Kiosco núm. 5.—BARCELONA

DIRECTOR ARTISTICO
JOSÉ PASSOS



EL veredicto del jurado reunido para fallar *El crimen de la calle de Leganitos*, ha encontrado circunstancias atenuantes en los culpables, porque, vamos, no es cosa de indisponerse con compañeros por arreglo mas ó menos.

Pero ahora los jurados Sres. Sanchez Perez y Bofill entablan la misma polémica entre los dos, de modo que nunca llegaremos á saber si el que arregla una obra francesa la puede dar impunemente como hija suya.

Por otra parte, Angel Muro sale diciendo que *El salto del pasiego é Hija única* son tambien dos plagios del francés.

Va á resultar que aquí no vamos á tener original mas que al señor de Nido. ¡Y quién sabe si este tambien es una traducción ó un arreglo de Calino!

¡Buena está la literatura, pero buena!

Los pocos ingenios originales que quedan en Madrid deben pedir protección al gobierno como hacen los fabricantes catalanes.

Póngase un subido derecho de entrada á las obras *teátricas*, como dice *El Diluvio*, páguese aquí mejor la mano de obra, estimúlese con premios á las fábricas de inteligencia, y pronto tendremos aquí Halevys, Sardous y Dumas que puedan competir con los tejidos de los fabricantes traspirenaicos.

Mientras esto no suceda, habremos de vestirnos de Pina Dominguez, Mario (hijo), Echegaray (Miguel), Blasco (Eusebio) y otros como ellos.

Por lo demás, los Sres. Bofill y Sanchez Perez hacen mal en andar en dimes y diretes. El público ya ha formado su opinión y ha dictado sentencia condenatoria.

¡Precioso descubrimiento para los arqueólogos y para los murguistas!

En una timba egipcia, digo, en una tumba, en vez de encontrar una momia ó un cadaver fiambre y en conserva, han hallado una flauta, flauta que segun los inteligentes tiene la respetable antigüedad de tres mil años. Algunos más que el Sr. Borrego, decano de los periodistas del sistema planetario.

Por casualidad ha tocado la flauta uno de los que la descubrieron, y encontrese con que aunque los sonidos no corresponden á los de la flauta contemporánea, en cambio los tenía dispuestos con arreglo á la escala musical.

Tenemos, pues, que en los tiempos primitivos ya debía de haber maestros de solfeo y hasta pianistas en los cafés.

Ahora nos demostrarán que la escala es cosa antigua, como nos demuestran que la imprenta la inventaron antes de Gutemberg, que la América no fue descubierta por Cristobal Colon, y que el himno de Riego es original de cuarenta y siete autores y medio.

Porque la tendencia de este periodo consiste en restar glorias.

Yo no sé lo que se va á llegar á encontrar bajo de tierra.

El mejor dia dan con las recetas despachadas por Fabié cuando era boticario.

* * *

Y va de escavaciones.

En Cádiz se han hallado dos tumbas del tiempo del ciudadano Nerón ó de Claudio, que en esto no se está muy seguro.

Los sepulcros llevan sus correspondientes inscripciones, que traducidas dicen:

«Sodalis, de 18 años de edad, yace aquí. Séale la tierra ligera.»

«Titus Stlancius, de 24 años, séale la tierra ligera.»

Y la tierra no les ha sido ligera, porque ha estado sobre ellos unos cuantos cientos años.

¡Vaya una ligereza!

Se conoce que la tierra dijo: «Con que ligera ¿eh? ¡Ya vereis qué ropa se han echado encima Titus y Sodalis!»

¿En qué se ocuparían estos dos jóvenes iberos? Acaso tocarían una flauta del género de la encontrada en la tumba egipcia de que hablamos más arriba.

Lo cierto es que Titus y Sodalis no suenan á nada.

Acaso dentro de miles de años, cuando se descubra mi *tumba fria*, que llevará la inscripción de «*Elidan*, tantos años. Séale la tierra ligera,» dirá otro Elidan del porvenir: ¿quién sería este tipo?

Consuélese por lo tanto Sodalis y Titus en el Empíreo.

A los anónimos y pseudónimos nos pasa siempre lo mismo.

* * *

¡Kalakawa ha muerto!

Kalakawa era rey de las islas Sanwich, ese suculento reino compuesto de panecillos, manteca y lonjas de jamón.

De simple empleado ó empleado simple de Correos, pasó al trono, porque la reina Ananás, ó como se llame, le encontró guapo y distinguido.

Kalakawa no tenía más que un momio de ocho mil duros, que era el sueldo que le había señalado la Asamblea nacional de aquellos *emparedados* al nombrarle rey.

Con esa escasa dotación se propuso viajar por Europa, dejando en su escursión una hermosa estela de ingleses.

Cuentan de él que una vez fué á Monte-Carlo. Los que llevaban la banca le fueron á visitar y le invitaron á ir al casino. Kalakawa les dijo que no tenía allí dinero. Los jugadores le adelan-

taron treinta mil francos, creyendo que iba á dejar S. M. allí la piel. Kalakawa fué al casino, inspeccionó los salones, vió cómo jugaban á la ruleta, lo encontró todo bello y distinguido, y se marchó llevándose los cuartos sin haber arriesgado siquiera una peseta.

Fué aquello un real timo.

Kalakawa estuvo en Madrid y se paseaba por el Buen Retiro como un particular aburrido.

Ha muerto con el sentimiento de no haber podido visitar la última Exposición, pero la escasez de metálico y el miedo á los vulgares acreedores se lo impidió.

¡Descanse en paz este rey barato y sustancioso! Los sanwichs del Suizo le dedican una lágrima, y la banca de Monte-Carlo, otra.

* * *

En el teatro de la Porte-Saint Martin de Paris se ha introducido una novedad.

En una obra que están representando las bailarinas bailan una farándola en el pasillo de las butacas.

Esto es una ventaja y una desventaja para el espectador.

Ventaja: puede apreciar de cerca las formas mas ó menos algodónadas de aquellas sílfides vaporosas.

Desventaja: le pueden poner el pié en la cara en un *ecart* ó al levantar la pierna.

Pero hay que confesar que es un atractivo.

Si se introduce esa novedad en Barcelona no van á bailar ellas solas.

Porque bailarán también los ojos de los espectadores.

Sobre todo si estos se componen de socios del Circulo del Liceo.

Que en cuestión de bailarinas echan yesca.

ELIDAN.

UN ENCARGO

I.

«Querido amigo: Dirás que abuso, pero es preciso; estoy en un compromiso de que tú á sacarme vés. Conociendo cierta amiga nuestra amistad verdadera, por mi intercesión espera (si mi influencia te obliga) que escribas cuatro versitos en el álbum que te mando; con que escríbelos volando aunque no valgan tres pitos, pues la principal cuestión es que yo salga del paso, y vean que has hecho caso de mi recomendación. Pero no tardes un mes como acostumbras, que luego dirán que no te lo ruego como me encargan.—Andrés.»

II.

—Pues, señor, vamos allá. Andrés, por lo visto, ignora el nombre de esa señora. Bueno, pues pondremos «A...» «Sepa V. que me he pasado el santo día de Dios

pensando una flor ó dos que ninguno haya empleado, pero la suerte malvada me desespera y me aburre, puesto que no se me ocurre absolutamente nada.

¿Que cómo se esplica? Yo me lo esplico de este modo: Como usted reúne todo lo bueno que Dios crió y en seguidita se ve que ya no hay más que pedir, es imposible decir todo lo que vale usted. Por lo tanto, me limito á echar al aire el sombrero y á gritar:—¡Olé, salero! ¡viva ese cuerpo bonito!»

III.

«Querido, en esta ocasión me has llegado á dividir; acabo de recibir el álbum de la cuestión y no puedo, aunque quisiera, mandarlo á la interesada. La señora es jorobada y se pondrá hecha una fiera. ¿Yo llevarlo? ¡No en mis días! ¡Infeliz! ¿porqué has escrito «¡viva ese cuerpo bonito!» sin saber lo que decías? La culpa la tengo yo que no te hice la advertencia... Ya no hay remedio, ¡paciencia! lo romperé, ¡y se acabó! ¡Digo! En el mundo no hay quien á romperlo se atreva; ¡si en la misma hoja lleva la firma de Echegaray! ¿Borrarlo? Así la cuestión no se arregla ni resuelve, porque ¿quién diablos devuelve un álbum con un borrón? En fin, chico, tu verás lo que debemos hacer... ¡Yo no me vuelvo á meter en estas cosas jamás!»

IV.

«Querido Andrés: Me figuro que pides clemencia á Dios, pues, por tu causa, los dos estamos en un apuro. Pero ya se arreglará; ¡todo se arregla en la vida! Mi opinión... es que enseguida lo mandes según está. ¿Te asustas? Fijate, Andrés, en que digo al empezar que la voy á dedicar un piropo, ó dos ó tres. Y probar no necesito que es un piropo que agrada decir á una jorobada que tiene el cuerpo bonito. ¿Que va á entender el más topo que la mentira le inspira? ¡Toma! Claro que es mentira. ¡Pues por eso es un piropo.»

SINESIO DELGADO.



—Esta noche me iré sola al baile y tu me esperas á la salida.
—Pero ¿y si vas acompañada como otras veces?



Para la novela buena
hay aquí un Perez Galdós
que vale lo menos dos.....
si no vale una docena.

LOS AFICIONADOS

No voy á ocuparme de estos apreciables sugetos que han *tomado* —porque estas cosas se toman, no se aceptan— el encargo de echar á perder nuestros mejores dramas y comedias, con manifiestas calumnias é injuria de los autores respectivos, que se pasan las noches en vela engendrando hijos literarios en tres ó más actos, para que luego se los estropee el primer Talma de obra prima que siente por dentro las bascas de la inspiración.

De estos caballeros se ha dicho ya lo suficiente para que el Código penal les dedique un capítulo entero. Mientras que llega la hora de que la ley castigue á los Tenorios, Yoriks, Pedros Cruels, Guzmanes Buenos, y Otelos tiznados de corcho, me ocuparé de los aficionados genéricos, sin aplicarlos rama concreta de alguna afición.

El aficionado es un fanático civil, dicho sin ofensa de la benemérita guardia del mismo apellido. En la India, el aficionado se deja aplastar por el carro de los horribles idolos indigenas: aquí, el aficionado escoge una monomanía, y se la arregla á sus facultades propias, como si se pudiera arreglar una levita procedente de personas más *grandibles*.

Hay aficionado á la caza con red, á la pesca con caña, á coleccionar sellos usados, á tener novias tambien servidas, á la caza con escopeta, á reunir relojes agenos, á violar romanzas de los más inspirados autores, á torear, á espensas del dorso, novillos que no se permiten otra cosa que agujerear pantalones por su parte más ancha, y á otro sin fin de cosas de provecho muy discutible.

El aficionado hace un culto librepensador de su afición, y lo profesa con tenacidad capaz de afrontar el martirio.

Si tiene la afición de la caza á tiro limpio, es capaz de salir de madrugada y andar diez leguas en busca de un gorrión que le cuesta despues de muerto diez mil reales en pólvora, comestibles y calzado, y un tabardillo con acompañamiento de médico.

Conocí una jóven con quevedos, que tuvo en un mes dos mil quinientos sesenta y seis novios, y céntimos de otro.

El padre de jóven tan cosmopolita, hubo de interrogarle al ver colgados de los hierros de su ventana todos los varones célebres de la población:

—Pero, hija, ¿estás pasando revista de comisario al sér fuerte?

—No, papá; es que estoy coleccionando fotografías y pelos de bigote.

Ya era tiempo; la interesante é infatigable coleccionista aficionada, poseía tarjetas fotográficas por valor de tres mil duros, y lana de barba de pollo para henchir cien colchones de matrimonio.

Va V. de visita á la casa que V. cree más tranquila de la capital. La señora le recibe á V. de bata y con ojeras convencionales ó al humo de pez, y el señor con un brazo en cabestrillo y una venda que le cubre media cara.

—¿Qué es eso? ¿Se ha batido?—pregunta uno lleno de inquietud al ver aquella figura de granadero de la guardia despues de la batalla de Waterlloo.

—No tiene importancia—dice la señora, como quien dice una majaderia trivial;—*éste* es aficionado á la gimnasia y se ha caído hoy dos veces desde el tercer piso.

—Pues si es afición, me tranquilizo;—dice V. por decir algo.

Pero como la tranquilidad es un mito en casa del aficionado, á poco entra la niña del acróbata reventando con un cuadro al oleo, de naturaleza muerta, que V. tiene el deber de admirar.

—¡Qué bien *interpreta* V. las frutas! Este melón está hablando; juraría que en la manera de pronunciar las *eses* se le conoce que es valenciano.

—No es un melón, es un queso de Flandes; pero como no se estaba quieto mientras lo pintaba!...—dice la autora del siniestro por vía de excusa.

—¡Y como pinta de afición!...—añade la madre ejerciendo la prerrogativa de indulto, y queda el incidente terminado.

Los aficionados que no son capaces de profesar su afición con toda vehemencia, no sirven para el caso ni merecen que los inventariemos. El que no empeña la ropa y la de toda su familia para ir á una corrida de toros; el que no ensaya el *dó* de pecho hasta en los más difíciles pasages del duo de amor; el que no es capaz de afrontar la pulmonía por coger una trucha recién nacida; el que no se siente con fuerzas para pasarse cavando un día de Julio en busca de antigüedades subterráneas; y tantos otros que no son capaces de atizar el fuego de la afición con su propia grasa, no deben figurar en el catálogo de los aficionados *veritables*.

Un aficionado que se estima, tiene la sala de estrado llena de perros pachones adultos ó en la lactancia, si profesa la afición canina, que es de las más importantes; ó lleva los bolsillos llenos de alpiste, si es ornitólogo casero; ó cultiva camelias sembradas en el lavamanos, en el tintero, o en el vaso de noche, si se ha dado á la floricultura.

Conocí un aficionado á tirar al blanco que abría á sus hijas recién nacidas, á balazos, los agujeros para los zarcillos.

Otro que coleccionaba huesos fósiles, perdió el juicio porque en un año de cesantía su mujer echó en el puchero toda la colección de zancarrones prehistóricos, con lo cual, si la ciencia perdió mucho, el estómago salió ganando más durante aquella época de caldos sustanciosos, y de ollas de coles superiores á todo encomio.

Goza el aficionado con la dificultad vencida, no con el negocio realizado; con lo dulce, no con lo útil de la empresa.

Casamenteros hay, que profesan la afición de hacer bodas, cuésteles lo que les cueste, y que luego de consumado el sacrificio, ni van á la comida matrimonial, ni ponen á contribución la amabilidad de la novia.

El aficionado á las cosas de la guerra que cultiva su afición haciéndose miliciano nacional cuando los hay, ¿qué saca de su culto á Belona? Los gastos que le acarrea el uniforme, dormir fuera de casa, cuando le toca de guardia; y algunos cogotazos de los sicarios de la tiranía cuando llega la época del desarme.

Hay aficionado que cultiva la medicina gratis, y que dá los medicamentos tambien de balde. Por no tener obligación de bregar con la humanidad doliente, ni siquiera ha estudiado

veterinaria; pero el que se siente médico de afición, por fuerza ha de desahogar sus instintos caritativos.

—¡Qué dolor de muelas tengo!—dice cualquier paciente delante de un aficionado al arte de curar.

—Porque V. quiere; póngase V. una cuerda de guitarra muy apretada en el dedo gordo del pie derecho, y como con la mano... Y si no se alivia, váyase V. por casa y le sacaré una, dos, veinte muelas que sean necesarias.

—Gracias.

—Nada de gracias; es que yo tengo gusto en ello. ¿Y la señora? No se le vé en ninguna parte.

—Hace cuatro meses que no puede salir de casa porque...

—¡Porque V. quiere también! Tengo yo unas pildoras de mi invención, infalibles para los padecimientos de las piernas; porque supongo que la señora padecerá de las piernas...

—No, señor, padece de los pies; es que la tengo descalza desde que *caí* cesante.

¡Oh, los aficionados! En ellos se han depositado la fé y el entusiasmo, en estos tiempos de incredulidad y de helada indiferencia.

Quien tenga afición á algo, bien puede considerarse feliz, porque la actividad intelectual conserva en saludable movimiento todo ese mecanismo maravilloso, que se llama hombre.

En cuanto á mis aficiones, las cantaré en esta copla, que oí á un quinto trinitario del último reemplazo, mártir de la afición:

Ya no me quiere mi cabo,
mi sargento, ni mi alférez,
porque soy aficionado
un poquito á las mujeres.

JUAN J. RELOSILLAS.

N. B.—Conste que tengo bula, y que esa copla no la canto en viernes.—*Vale.*

¡HASTA.....!

Yo me estaré contemplando
de tu rostro la hermosura,
y esa límpida blancura
que en tu tez vas ostentando,
como la ostentan los montes
que de nieve están cubiertos,
y esos dos ojos que abiertos
en los amplios horizontes
de tu rostro seductor,
negros como el azabache
que mas negro se despache
en el comercio mejor,
y cuyos claros destellos
de efecto muy persistente,
desprendidos vagamente
del puro centro de aquellos,
les hacen aparecer
como imágenes brillantes
de dos estrellas radiantes
que sin llegar á perder
ni un átomo de su luz
aparecen reflejadas
en superficies nevadas
mientras el negro capuz
de una noche muy serena,
en absoluto persiste
y en todo el espacio existe
y todo el espacio llena.

Y esa boca tan preciosa;
y esos lábios de carmin,
y esa faz de serafín,
y esos colores de rosa
que en tus mejillas ostentas
para dar la desazón
ó partir el corazón
á las almas más exentas
de tu cariño y favor,
y el pelo que se desliza
y que con gracia se riza
en tu espalda; y el amor
que siempre inspirando estás
con inocente agasajo
por arriba, por abajo,
por delante y por detrás;
pues todo tu cuerpo és
un conjunto de belleza
desde tu hermosa cabeza
hasta tus preciosos piés.

Y el talle tan bien formado,
y esos brazos hechiceros
y esos piés tan *sandungueros*
de que el gran Dios te ha dotado,
y esa manera de andar
con tanta gracia y salero,
y ese encanto verdadero
en el modo de mirar,
y esa mano tan bonita,
y ese modo de reir
que me está haciendo sufrir
y hasta el reposo me quita,
sin poderlo remediar
yo lo estaré contemplando
¡hasta que me vaya hartando!
y no te vuelva á mirar.

M. FERNANDEZ CICERO

ELECTORES CENTENARIOS

En las épocas primitivas de la humanidad el hombre vivía centenares de años. Bien es verdad que entonces no se conocían los médicos, las medicinas, ni los caseros.

Llegar un patriarca de aquellos de la Biblia á ochocientos ó novecientos años, era la cosa más natural del mundo.

Así es que se encontraban dos hombres ancianos por aquellas selvas y se decían:

—Yo tengo idea de haberle visto á V. hace unos seiscientos y pico de años camelando á una morena que daba el ópio.

—Sí, señor, y me casé con ella; pero hace trescientos veinte años que se me escapó con uno que hacía serpentones de metal.

—¿Y qué fué de ella?

—Créo que se metió á patrona de diez reales con principio, y concluyó por vivir con Malestastias, de la tribu de Zabulón, empleado en consumos en la ciudad de Neptali.

Después de aquella época en que no se conocía lo tuyo, ni lo mío, ni lo del vecino, los hombres fueron menguando en edad, y hemos llegado á la actualidad, donde no tenemos vida ni para fumar un cigarro de diez céntimos.

Eso al menos creía yo, hasta que repasando las listas electorales de la ciudad de Barcelona me encontré con un fenómeno ¡con un hombre que cuenta *doscientos setenta y cinco* años!



—¿Qué trae el diario?
 —Un asesinato, tres robos y cuatro adulterios.
 —¡Qué miseria! Todo eso y algo más se vé sin salir de nuestra calle.



—¿No te gusta estar en el monte, Luis?
 —Sí; pero más me gusta el del Casino de la calle de Alcalá.



—Dispense V., D. Joaquín,
 que el riego ha sido casual.
 —¿Y te parece, animal,
 que yo tengo ahí el jardín?



—¡Venticuatro horas sin comer! ¡Eso es estropearse el estómago, amigo mío!

Jarros

Si, mis ojos no me engañaron. Allí en la calle del Pino, n.º 2, vive este hombre de edad tan respetable. ¿Quién habla de la degeneración de las razas?

¡Un caballero nacido en 1616! ¡que nació en el reinado de Felipe III! ¡que presencié la sublevación de Cataluña durante Felipe IV!

¡Un caballero que ha visto la guerra de sucesión! ¡y la francesa! ¡y el nacimiento del sistema constitucional!

¡Qué chiquito aparece uno ante estos decretos de la Providencia y de su apoderado el partido conservador!

Sin Cánovas en el poder, hubiéramos pasado al lado del señor a quien aludimos sin echarle encima casi tres siglos.

Acaso a nosotros nos parecería un hombre joven y simpático, pero las listas electorales son murmuradoras, y ellas con la brutalidad de los números nos dicen que aquel que parece un pollo está en camino de hacer viejo al mismísimo tiempo.

Hacer durar tantos años a un hombre solo les está reservado a los señores que nos gobiernan.

¡Un elector de doscientos setenta y cinco años! Eso es algo más que resucitar a Lázaro.

¡Quién sabe las sorpresas que todavía nos tiene reservadas D. Antonio!

El día menos pensado vemos aparecer entre los electores al rey Ataulfo ó a Scipión el Africano.

La potencia creadora y milagrosa del partido conservador no reconoce límites. Y así como ahora nos han servido un caballero de dos siglos y tres cuartillos, nos pueden hacer conocer nombres de hombres que han de nacer todavía dentro de setecientos ú ochocientos años.

Nada es imposible para los que confeccionan las listas.

A veces suelen decir en ellas que Campoamor no sabe leer ni escribir, que Perez Galdós es un escribiente, y que Linares Rivas ejerce la profesión de aguador... ¡*peccata minuta!* ó *petacas de minutas*, que diría el de Tetuan!

Lo grave, lo inaudito es que le hagan a uno nacer en la Edad Media.

Si a mí me ponen por ejemplo en la invasión de los moros ¿con qué cara me presento a la familia? Y sobre todo ¿con qué traje? No creo que el gabán, el hongo y los pantalones largos tengan nada de godo.

Y sin embargo, no estoy libre de un fracaso semejante.

Porque eso es un fracaso. Supongamos que sí, que me hacen elector del tiempo de Pelayo ¿no me vería acosado por los *reporters*? Uno me preguntaría si Florinda ó la Cava tenía buena caída de ojos; otro tendría interés en saber si el rey Rodrigo usaba jareta en los calzoncillos; el de más allá desearía que le enterase de si los godos comían con los dedos ó se ponían de morros sobre el plato..... Vamos, que sería una pejiquera.

Eso sin contar que al verme con traje moderno, todos dirían que no estaba en carácter, que hacía poco honor a la sociedad de la época de la invasión.

No ¡por el amor de Dios! que los conservadores no me pongan en las listas electorales como nacido en los primeros siglos del cristianismo.

De ponerme en ellas, que sea entre los que están por nacer todavía.

Siempre es un consuelo eso de poder decir, por ejemplo: «el día en que nazca...» «cuando a mí me bauticen...» «en la época que entre en quintas...»

Y si a mí me han de poner tantos años como al caballero de la calle del Pino, que me los pongan en números redondos, trescientos, cuatrocientos, quinientos ¡nada de picos!

Porque, lo mismo que por el hilo se saca el ovillo, por el pico se puede sacar el pájaro.

DANIEL ORTIZ.

SI ESTARÍA EQUIVOCADA

I.

—Qué bello ha de ser amar,
fielmente correspondida;
fundir en uno dos seres,
tener atenta y sumisa
otra ansiedad a la nuestra,
vivir dos en una vida,
interpretar los antojos
de aquel, en que el alma mira
reflejados sus anhelos,
y en ellos fundir su dicha,
lejos de todo recelo;
pues mi razón imagina,
que tan solo ese es el modo
para que el amor exista.
¿No es verdad, madre? contesta.
Está tu mirada fija,
y en tus labios se dibuja,
como una amarga sonrisa.
Dime pues, no es este el goce
que el alma encontrar ansía
cuando en el cariño solo
su fé y esperanza cifra?
—Hija, así debiera ser:
fuente de toda delicia.
Quiera el cielo que este error,
no se te aclare algún día.

II.

—¡Que tienes la faz llorosa
y tu tez descolorida!
¿No respondes? pronto acaba.
¿Qué te aflige, dilo hija? —
—¡Ay madre! me duele el alma.
Hondo pesar me contrista,
y hace tiempo que en mis ojos,
las lágrimas solo anidan.
Un frenesí me devora,
y una ansia desconocida,
que á veces olas de fuego,
suben hasta mis mejillas,
y el corazón lastimado
queda en el pecho hecho trizas.
—¿Y nada alivia tus males
ni halla tregua tu fatiga?
—Solo madre, si de Ernesto,
sus bellos ojos me miran.
—Ya sabes pues qué es amor,
no sigas, hija, no sigas,
mira tú, si es diferente
de lo que te presumías.

FLORIMÁN.

¡CARACOLES!

SAQUÉ la petaca, lié un pitillo, encendí una cerilla... y me quemé en un dedo al aplicarla al envoltorio fumable.

—«¡Caracoles!» exclamé sacudiendo los dedos con violencia y quejándome dolorosamente.

La quemadura no era cosa de cuidado y con dos ó tres lamiditas al dedo, menguó el escozor. Ya iba á liar otro cigarro, pues el anterior se me había deshecho, cuando Juanita, la muchacha que servía en el ventorro, apareció ante mi mesa con un plato en la diestra y en la no diestra un tenedor y un cuchillo y un pingajo de tela, pequeño y limpio, sin forma definible y con atributos de servilleta. Juanita moviéndose con rapidez como inquieto pajarillo, extendió sobre la mesa el blanco trapo á guisa de mantel y sonriendo coquetamente, púsome delante un plato, cuyas vaporosas emanaciones trascendian á gloria.

—¿Qué es esto?— pregunté con asombro á la chica, no recordando haber pedido comestible alguno.

—Pues ya lo vé V... ¡caracoles!— me contestó ella entre risas carcajeantes y miradas llenas de fuego.

Recordé mi exclamación y me lo expliqué todo. El incidente me hizo gracia.

—Vamos, repuse, sobran raciones y supiste aprovechar la ocasión para servir una. Poca gente vino hoy.

—Es un día desgraciado. Como amenaza llover... contestó Juanita jugando con una punta del delantal que arrolló y se puso graciosamente en una de las blancas sienes para moverlo á compás y reir después.

La travesura de la muchacha me hizo gracia, su vivacidad me atrajo, el contoneo de sus redondas caderas y la oscilación de su pecho cuando ella reía, me acabó de decidir á convidarla.

—Tráete otro plato para ti y almorcemos juntos— la dije.

—¿Tanto?...— contestóme.

—¿Por qué no?

—Si álguien te vé á V.?...

—No estoy en lugar apropiado para que me vean.

—Sin embargo.....

—Vaya, tráete otro plato de cornudos y déjate de remilgos.

—Voy allá.

Durante el almuerzo, Juanita estuvo deliciosa conversando conmigo... Me servía los caracoles con la molleja fuera, cortaba en pequeñas fracciones el pan y cuando encontraba alguno de aquellos animalejos con los cuernos salientes aún, me lo enseñaba diciendo entre risotadas: «¡Muh! ¡Qué largos tiene los cuernos!» Después de acabar con el plato de moluscos, la emprendimos con una botella de Jerez y entre trago y trago la muchacha me contó varias anécdotas no exentas de gracia. En algunas de ellas había salido *embroncada de la suerte*— como ella decía— pues una vez en que un buen hombre con su esposa y un amigo entró en el ventorro, Juanita, al retirar los primeros platos de caracoles, dijo graciosamente al marido: «¿Quiere V. más cuernos?» La pregunta requería bronca y la hubo.

Mucho rato estuve en el ventorrillo conversando con Juanita. Nuestra despedida no pudo ser más estraña.

—Cuando vuelva V. ya no estaré aquí— me dijo.

—¿Y eso?— pregunté.

—Me voy del ventorro.

—¿A dónde?

—A Madrid.

—Y ¿qué vás hacer en él?

—Lo mismo que acá.

—¿Servir?

—No; seré gran señora.

—Pues gran señora no es lo mismo que sirvienta.

—Naturalmente; pero en mi señorío seguiré sirviendo..... *caracoles* á domicilio.

En efecto, fué á Madrid y no tardé en verla en el Prado, reclinada indolentemente en una de las sillas del paseo y rodeada de cuatro ó cinco maridos que adoraban á la hermosa cubierta de joyas, sedas y deslumbrantes gracias. Al pasar yo por su lado, agitó su sombrilla para llamarme. Pero me hice el desentendido y me alejé recordando la graciosa pregunta que ella hiciera en otra ocasión á uno de los parroquianos del ventorro: «Quiere V. más cuernos?»

LUIS DE VAL.

EPITAFIOS

—¿Quién yace en este agujero que no cesa en su tragin?
¿Es acaso algun barbero?
—No señor, un bailarín.

«Aquí descansa Amorós un cómico cual no hay dos; que en el Tenorio, indeciso, arrepentirse no quiso»
—¡No tendrá perdón de Dios!

Aquí descansa Viniegra. Murió, repentinamente, al conocer á su suegra.
ALFREDO LÓPEZ ALVAREZ.



—Señor revistero.
—¿Señor demonios!
—Hombre vaya una manera de contestar.
—Y ¿cómo quiere V. D. Inocencio que conteste el que, como yo, anda toda la semana de teatro en teatro, buscando algo que merezca los honores de figurar en mi empecatada revista y tiene la fatal desgracia de no encontrarlo? ¿Qué quiere V. que conteste, vamos á ver?
—¡Carape! no diga V. esas cosas, amigo mio. Asunto para su revista si que lo ha habido; decir lo contrario es faltar á la verdad.
—¡Asunto! Asunto lo hay siempre según la



—¡Barbiana, yo soy catedrático y voy á enseñarte si quieres derecho!
—¡Lo que tú me vas á enseñar más pronto que la vista, es la espalda!



—¿Y cogió V. á su esposo infraganti?
—No, señor; le cogí en el cuarto con la criada.



—¡Si, compañeros, tenemos que repartírnoslo todo!
—Bueno; por ahora ya nos repartimos el hambre.

Passot

opinión de varios caballeros que practican esa doctrina, dándole al verbo divino la más sa-rosa de las *latitas*, barajando zarandajas del arte, hablando de tiempos que fueron y... de demonios coronados, que mejor estarían en el zurrón de los desatinos.

—¡Vaya, amigo Sulivalde, no sea V. así, cálmese un poco y... contétese con lo que haya.

—¡Lo que haya! Ya sé que se refiere V. á los estrenos.

—Tres ó más ha habido.

—¡Tres eran, tres, las hijas de Elena!..

—¿Ya canta V.? Lo celebro; cuando está V. de mal humor se pone insufrible. Veamos, qué me cuenta de *No mas chicos*?

—Que la aplaudieron.

—¿Y qué le parece á V.?

—Nada.

—¿Sigue en su mal humor? Lo siento. Y del estreno de *Brinquitis* ¿qué me cuenta V.?

—Que se aplaudió.

—¿Y que opina V. de la obra?

—Nada.

—¿Ha visto la parodia de *Carmen* titulada *Carmela*?

—Si, señor.

—¿La aplaudieron?

—¡Naturalmente!

—¿Y V. que opina?

—¡Nada!

—Vamos, esto es ya mucho cuento.

—Eso mismo digo yo.

—¿No tiene V. opinión?

—Claro que sí.

—Pues déla V. acerca de esos tres estrenos y ya tiene miga para escribir su revista.

—¿Quiere V. creerme D. Inocencio?

—Según.

—No hablemos de teatros esta semana.

—Es preciso.

—Pues entonces evíteme V. al menos que tenga que dar opinión alguna acerca de estrenos *inocentes* que nada montan en los acontecimientos teatrales.

—Entonces de que vá V. á hablar?

—De cualquier cosa; imitaré á esos caballeros que llenan páginas enteras... ¡sin asunto!

—Imítelos en buenhora; pero conste que solo por esta vez.

—He dicho les imitaré y pienso he dicho mal, porque asunto si lo tendrá lo que voy á decir y hasta creo que sería aplicable á las *tristes* novedades escénicas de esta semana. Hablaré en mi revista á falta de mejor asunto y para enfurecimiento de malos autores, del porqué la mayoría del público aplaude obras mal escritas y con sus aplausos hace el caldo gordo á los autorzuelos, plagiarios y demás de la familia de rodeores. Y conste he dicho hablaré de eso, en lugar de *demonstraré*, que es el punto negro de la cuestión, por que no estoy muy seguro de tener valor suficiente para escribir ciertas cosas. ¡Si todo se pudiera decir!.. Vea V. poco más, poco menos, lo que *es probable que*, al fin, diga: Primera razón: por qué el público aplaude ciertos *camelos*; por qué el público es bondadoso (algunas veces demasiado) y con poco se contenta. Segunda razón: por qué los autores con conocimiento de lo anterior no tienen miedo y se tiran en corto y por derecho, como diría *el Guerrita* en mi lugar, al repertorio francés y con perdurable frecuencia al español

(¡si resucita esta semana Bretón de los Herberos ya tenían que hacer los tribunales!) Y va la tercera: Cuando esos caballeros escriben una de esas obritas objetivo de mis iras, procuran que *el ó la* protagonista tenga escenas donde lucir su gracia (no la del autor) y sus condiciones y... *algo más* (este algo más, causa á veces el éxito). La cuarta razón: por qué logran oír *palmas* esos *chicos* aspirantes á la gloria escénica es lo que voy á exponer á V. y que en mi humilde concepto reasume todas las anteriores ó por mejor decir, las anularía, siendo remedio eficaz para extinguir la plaga de que hablo. Esta cuarta razón amigo D. Inocencio es: ¡por que no hay en los teatros ni un mal director literario ó como quiera V. llamarle, que tenga el suficiente sentido común para rechazar una obra que no reuna las buenas cualidades más indispensables.

—¿Qué aberración, amigo Sulivalde!

—¡Aberración! Calle V. amigo mio, calle V. por Dios. Con que hubiese en cada teatro un director literario sin más quehacer que leer cuantas obras le llevasen.....

—¡Se volvería loco!

—Pronto se le vé la oreja al asno y si á la segunda escena no se le véia nada bueno á la obra, con no seguir leyendo... en paz.

—¿Y sino resultaba idóneo ese director?

—Antes de colocarle ya se podía saber. Además, no es preciso que sea un *Calderon de la Barca*, para juzgar á los demás. De España han tenido que emigrar eminencias literarias que hubieran bastado para dirigir, en lo tocante á ese punto, los teatros principales y dar un vistazo á los secundarios. Así se hace en el extranjero. Ya vé V. por qué medio tan sencillo se cerraría el paso á esa grey de... no sé yo cómo llamarles. Obra que no valiese no se pondría en escena, evitando de tal suerte que el público aplauda de buena fé lo que le satisface aunque sea para depravación de su buen gusto. Aseguro á V., D. Inocencio, que al poco tiempo de establecerse ese régimen, se aboliría las *clagues* y si al público le *soltaban* una pieza ó drama *de esos*, acostumbrados á lo bueno, lo silbarían hasta por instinto.

—¿Y no puede suplir á ese director literario, el director de la compañía?

—Eso pasa hoy... ¡y así estamos! Primera y principal, el director de escena tiene sobrado que hacer con lo que le concierne, y segundo y también principal, aunque á ellos les pese el que lo diga, los hay instruidos; pero en su generalidad saben ellos de gramática lo mismo que de pronunciar castellano *neto*. Un director de esos, en virtud de su práctica, ve el éxito ó el mero aplauso que es lo que busca, pero no los defectos literarios y hasta de sentido común que tiene la obra. Pepe Mata uno de nuestros primeros actores, confesó ingenuamente haber hecho aplaudir cienpiés de esa clase ¿cómo? con sus recursos de actor poseído de la escena y conocedor de los resortes que hay que tocar para adquirir la ovación. Y en fin, esto se va haciendo largo, es tarde y va á llover; salgamos del café antes de que nos echen para cerrar y encendamos el último pitillo. D. Inocencio, hasta la vista.

—¿Dirá V. todo eso?

—Lo diré.

—Pues hasta otro día.

SULIVALDE.

S A E T A Z O S

Ha entrato á formar parte de la redacción de LA SAETA D. Luis de Val, quien, aparte de otros trabajos, se encargará desde hoy de la sección teatral.

En Lisboa ha sido condenado un periodista á pagar 50,000 *reis* de multa.

¡No asustarse, caballeros!
Vienen á ser unos siete cuartos y medio.

¡Viva el lujo y quien lo trujo!

Algunas de las bailarinas que han venido al Liceo á bailar el baile Rodope, ó *Jarope*, ó como se llame, pararon en la fonda de Cuatro Naciones, y hasta se trajeron cocinera de Italia.

Esta noticia causó sensación entre los aficionados juveniles y seniles al género bailable, algodónífero y sin entrañas.

No obstante, las bailarinas tienen alma y sentimientos.

Una de ellas, enamorada de un *fanciulo* de Barcelona, lloraba á lágrima viva sobre los macarrones que comía días pasados, porque aquel la había dejado.

Pero á los postres ya le llamaba *mascalzone* y *truffatore*.

Esto no lo sabe el Eneas de este Dido de mallas y vermellon.

Si lo llega á saber... hace las paces.

Un escritor comparaba días pasados en una revista al pobre D. José Valero con un brioso alazan en su juventud y con un caballo de los toros en su vejez.

La figura revela un gusto literario propio de Villabrutanda.

Y si no se hallase mezclado en ella el nombre del ilustre actor, habríamos de escribir largo y tendido sobre tal enormidad.

Distrazándose de sacerdote un ciudadano ha cometido la mar de estafas en Sevilla, y lo han puesto preso.

Si él se hubiera hecho ordenar antes, no le hubiera sucedido nada y hubiera tenido padrinos.

Porque para todo, hasta para timar, se necesita cierta representación en este mundo.

Así como cada mono tiene su rabo, cada partido republicano de Barcelona tiene su disidencia.

Y en algunos es más el rabo que el mono.

Para ir bien esos partidos necesitan hacer una dolorosa operación:

Cortarse la cola.

Segun un relato que leemos en un periódico, el Sr. Duque de Solferino es descendiente de una tiple de ópera que cantaba muy bien.

Ya nos es más simpático.

A ver si no desmintiendo la raza canta en las Cortes el *spirto gentil*.

No refiriéndose á Cánovas, por supuesto.

MISCELÁNEA

Un borracho se presenta ante un grupo de caballeros que conversan en la calle.

—Hoy me he gastado cinco duros—dice con énfasis.

—¿En vino?—le preguntan.

—¡En dinero!—replica el hijo de Baco.

Y continúa con aire triunfal su camino.

En un tribunal comparece un infame que ha asesinado á los dueños de una casa de huéspedes, cortándolos después en pedazos para ocultar su crimen.

—¿Qué oficio tiene V.?—le pregunte el presidente.

—Un oficio muy inocente. Soy cortador de patrones.

En un baile.

—Señora, tengo el gusto de presentarle á V. á mi amigo Nicolás Zamarruk.

—¿Un ruso?

—Sí, señora; pero lo tiene empeñado.

Donde las toman las dan,
dice un antiguo refran;
cuatro mocitos de chapa
robáronme ayer la capa
¿Cree V. que me la darán?

Los empleados municipales estan formando el padron de una casa.

—¿Cómo se llama el cabeza de familia? pregunta uno.

—D. Serapio Diez y Diez.

—¡Hombre, no! Será D. Serapio Veinte.



J. U. S.—Cosas pecaminosas son las que hace esa Clotilde, pero no se las debe V. decir en LA SAETA. Hay otros semanarios que no se paran en barras, y allí se lo admitirán á V.

R. E.—Irá un diálogo.

A. L. A. (Madrid).—Irán los epitafios. Creo que contesté á V.

H. A. (Ferrol).—Hombre, no se amosque V. Si yo hubiera sabido que le iba á llegar tan al vivo aquella inocentada no se la hubiera puesto. La letra me pareció de niño que escribe bien, y por eso lo dije.

T. R. (Madrid).—Algo irá.

M. F. C. (Madrid).—Va.

V. (Madrid).—«La dulce inspiración de todos los poetas» no es endecasílabo. Digo, creo yo.

F. T.—Bien copiados están los cantares. ¿Hasta cuándo me va á estar V. mareando?

N. M. L. (Madrid).—Muy flojillos.

N. P. Q.—Esa vecina no solo le molesta á usted sino á mi también que he tenido que leer el soneto que V. la dedica.

E. P. S.—El articulito está hecho con soltura, pero es flojillo. No hay que desanimarse.

R. G.—¿Estamos de guasita?

Gomoso.—No sirve.



NOVÍSIMA LEY ELECTORAL.

Artículo 47. Cada elector, á falta de cédula, se presentará con el distintivo de su oficio.

ANUNCIOS

LA SAETA SEMANARIO FESTIVO ILUSTRADO
Colaboran en él los más celebrados literatos y los más renombrados dibujantes

Toda la correspondencia á D. Pedro Motilba, Rambla del Centro, Kiosco número 5.—Barcelona

BIBLIOTECA PARA TODOS

Ocho tomos ilustrados y con cubiertas al cromo, que forman una interesante novela.

Cada tomo 15 céntimos en toda España.

Esta publicación está terminada y se vende por tomos sueltos ó por colecciones completas.

BIBLIOTECA DE BOLSILLO

Colección de novelitas, cuentos y anécdotas, compuesta de cinco tomos ilustrados con elegantes grabados.

Precio de cada tomo: 15 céntimos.

Esta colección también está terminada y no se publicarán más tomos.

Se sirven tomos sueltos y por colecciones.

Para los pedidos de todas estas obras, dirigirse á D. PEDRO MOTILBA, Rambla del Centro, Kiosco número 5.—BARCELONA.

GUIDADITO CON ESTO

Novelas, cuentos, artículos y poesías de varios autores, ilustrados con magníficos fotograbados y cubiertas al cromo.

Van publicados 8 tomitos á 15 céntimos, y hay más en prensa.

TRES MILLONES DE CHISTES

Gran colección de chistes, epigramas, chascarrillos, anécdotas y poesías festivas, ilustrados con profusión y lujo y con bonitas cubiertas al cromo.

Van publicados 39 tomitos á 15 céntimos uno y en prensa la continuación.

AGENTE EXCLUSIVO EN MADRID para la venta de LA SAETA, D. Julián Rodríguez. — Dicho señor tiene establecido un centro para el reparto y venta de toda clase de publicaciones. Tesoro, 5, bajo, Madrid.